¿Escucha la Iglesia a los jóvenes? ¿De qué modo?

Una de las primeras dificultades que nos encontramos en nuestro intento de diálogo con los jóvenes es conseguir saber si ellos están dispuestos a hablar con nosotros, si realmente les inspiramos la confianza suficiente para que puedan expresarse sin que lo perciban como algo inútil. El modo en que ven a la Iglesia no es en ese sentido una cuestión menor. Si creen que para ellos no somos relevantes, poco significativos o, lo que es peor, acercarse a nosotros conlleva una sanción social, hará que en muchas ocasiones sea difícil escucharles sencillamente porque no están dispuestos a dialogar con nosotros. Quizá estas cuestiones con todos los matices que pudiésemos introducir habría que tenerlas en cuenta a la hora de ponernos a la escucha.

Ponernos a la escucha puede resultar un hecho en parte novedoso en el contexto eclesial y también en nuestro trabajo con los jóvenes. Ponerse a la escucha requiere priorizar tiempo, tomando conciencia de que la escucha es un arte (cfr. EvG 171) que nos sitúa con respeto, con reverencia, ante la persona a la que pretendemos escuchar. Hay que aprender a "perder" tiempo con el joven. Es probable que en pocas ocasiones se haya sentido escuchado desinteresadamente por alguien que tiene todo el interés en poder comprenderle para ayudarle. Nos dirá muchas cosas que le afectan, que para el joven son importantes y en las que nos describe como está, cuáles son sus prioridades y sus intereses en ese momento, desde lo que él es y no tanto desde lo que a nosotros nos gustaría que fuese.

Escuchar requiere saber generar espacios para hacerlo:

- Un primer espacio pueden ser los procesos de iniciación cristiana en los que el catequista va asumiendo la tarea de ser también acompañante. Ello conlleva servir al grupo desde la perspectiva de realizar un acompañamiento grupal que podría convertirse en personal, facilitando el poder escuchar al joven ayudándole a consolidar su proyecto personal de vida cristiana y animándole a permanecer en la comunidad. En ese contexto las convivencias o encuentros de jóvenes pueden acoger esa dinámica de escucha. También las peregrinaciones (camino de Santiago, javieradas…) que nos permiten caminar a su lado, dedicarles tiempo, generar un clima de confianza y escucharles.

- Un segundo escenario nos llevaría a buscar caminos que nos permitan escuchar a los jóvenes que no están habitualmente en nuestro entorno e incluso a los totalmente ausentes. En muchas ocasiones nos hará sumergirnos en situaciones de fragilidad, de heridas abiertas o de periferias existenciales. No es tarea fácil. Pero, solo escuchándoles podremos conocer las inquietudes que hay en su corazón para poder hacerles propuestas que puedan ser significativas para su vida. Creo que ahí son los jóvenes cristianos los que deben asumir el protagonismo. Ellos son los mejores evangelizadores de los otros jóvenes y los que deben buscar caminos y espacios de aproximación y diálogo con ellos. Para ello hay que formarles, acompañarles y darles la confianza necesaria.

+ Mons. Carlos Escribano
Obispo de Calahorra, La Calzada-Logroño